

JUVENILIA

## I

Vistió mi juventud oro y brocado.  
En su capa de púrpura embozada,  
la mano sobre el pomo cincelado  
de su sutil y florentina espada,

la blanca pluma del chambergo al viento,  
al luar de las noches estivales  
bajo la esbelta ojiva de un convento  
musitó sus primeros madrigales.

Y hubo una faz seráfica y radiosa  
que tras la floreada vidriera  
le escuchaba llorando silenciosa.

Y hubo una escala lírica tejida  
con hilos de la rubia cabellera,  
ante las plantas de Jesús caída.

## II

Sobre el jardín deshoja el Mediodía  
sus guirnaldas de púrpura y de oro,  
mientras eleva el surtidor sonoro  
sus penachos de viva pedrería.

Fermenta el aire la embriaguez del vino.  
Entre los labios la palabra muere  
de pereza, y al sol el nardo adquiere  
un acre olor á sexo femenino.

Arde el jardín en la estival hoguera  
y en su gran pebetero se consume  
todo el aroma de la Primavera.

Y en su jardín de carne solitario  
quema en el sol la Vida su perfume  
como en las brasas de un gran incensario.

## III

¡Alma, que vienes á mis reinos, llega  
desnuda de cualquier mortal empeño,  
y en holocausto de mi amor entrega  
el virginal perfume de tu ensueño!

Vendrás á mis alcázares de oro  
por los largos caminos visionarios.  
Te conduce una estrella, y un tesoro  
de gemas, portas, en tus dromedarios.

Mi lámpara encendí, pero aún no miro  
fulgir el áureo velo que te viste  
en medio de las sombras nocturnales.

Mas ya en las brisas del jardín aspiro  
el perfume de nardos con que ungiste  
tu cuerpo para nuestros esponsales.

## IV

Cuando tiendo mis brazos á tu cuello  
tu blancura romántica vacila,  
y hay un fulgor astral en tu cabello  
y fósforo de luna en tu pupila.

Es tu silueta como un lirio blanco  
que deshoja en la noche su blancura,  
sobre el musgo romántico de un banco  
que sirve á nuestro amor de sepultura.

Blanca de luna y de cariño blanca...  
La flor más blanca del pudor arranca  
—como divina ofrenda de cariño—

mi mano, y temblorosa te la ofrece...  
¡Ve cómo ante su blancura palidece  
el místico blancor de tu corpiño!

## V

Pálida Margarita sin fortuna  
que hilando en rueca de marfil y plata,  
escuchaste mi loca serenata  
morir bajo los rayos de la luna.

Mi lujurioso amor es como una  
embriaguez de veneno que nos mata,  
y en mis ojos tu imagen se retrata  
como en el fondo azul de una laguna.

Dejas abierta del jardín la puerta.  
También tu carne, á mi cariño abierta  
me ofreces bajo un palio de rosales.

Habla de amor la fuente á los jardines,  
mientras lloran los blancos serafines  
la muerte de tus sueños virginales.

## VI

Pobre alma, tan pálida y tan buena,  
que en las oscuras celdas de mi hastío,  
vas deshojando de terror y frío  
tu mística blancura de azucena.

En tu lóbrega cárcel encerrada  
te mueres, suspirando en tu agonía  
por un soplo de brisa perfumada  
y un rayito de sol y de alegría...

Tú soñabas abrir tu flor al viento  
en el jardín humilde de un convento  
perfumando los dedos de una santa.

Y hoy deshojas tu mística blancura  
con la estéril tristeza de una planta  
maldita, dentro de una sepultura.

## VII

Cual restos del incendio, un humeante  
rescoldo nimba el rústico poblado,  
mientras perfuma el aire una fragante  
frescura de maizal recién regado.

Como sobre un estuche de esmeralda,  
en los joyeles de la lejanía  
el crepúsculo finge una guirnalda  
deshojando su rara pedrería.

La tarde es humeante, como incienso  
de un antiguo y litúrgico holocausto,  
y al temblar su fulgor en el intenso

blancor de tus ropajes monacales,  
tu ascética figura adquiere el fausto  
de bíblicas princesas orientales.

## VIII

Flotaba destrenzado el ambarino  
temblor de tu cabello sobre el pecho,  
mientras te revolvías en el lecho  
con un desespero de felino.

Filtrándose á través de los cristales  
el sol un áureo alfanje semejava,  
que al llegar á tus muslos se aflaba  
para rasgar tus velos virginales.

Tembló tu cuerpo como una laguna  
al beso de los vientos. Suspirando  
entornaste los ojos soñadores,

y el rayito de sol fué como una  
mariposa de oro que temblando  
se posó en el clavel de tus pudores.

## IX

La lámpara de oro que moría  
arrojaba sus ténues resplandores,  
y tu seno bouquet de vivas flores,  
voluptuosos perfumes esparcía.

La luz murió, por fin, y en su agonía,  
al apagar sus últimos fulgores  
se entornaban tus ojos soñadores,  
y un beso entre tus labios florecía.

Á través de las rejas entornadas  
penetraron los lúbricos aromas  
de ensueños y de cálices lejanos;

y en su nido de encaje acurrucadas  
palpitaron dos tímidas palomas,  
bajo el temblor de mis nerviosas manos.

## X

Sobre ti me incliné. Como cadenas  
 mis lujuriosos brazos te oprimieron,  
 y á tus castos escrúpulos vencieron  
 mis dulces frases, de cariño llenas.

La muerte como alivio de las penas,  
 tus labios balbucientes me pidieron,  
 y en un inmenso beso se sorbieron  
 hasta la última sangre de mis venas.

Cuando la golondrina, en la mañana  
 al húmedo cristal de mi ventana  
 con el ala llamó, muerto yacía

tu pálido perfil sobre mi pecho,  
 y una rosa de sangre florecía  
 entre las blancas sábanas del lecho.

## XI

El verde musgo nos brindó descanso  
 bajo la selva húmeda y florida,  
 y el crepúsculo fué como un remanso  
 de paz en la inquietud de nuestra vida.

Para escuchar toda la angustia humana  
 en el divino encanto de mis quejas,  
 se asomaron tus ojos de sultana  
 bajo los ajimeces de tus cejas.

Fué cómplice el silencio vespertino...  
 Hubo en los aires un temblor divino...  
 Y turbando la paz de aquel sendero

bajo el fulgor de la primera estrella,  
 baló tu amor como un blanco cordero  
 que una mano litúrgica degüella.

## XII

Baló tu amor como un blanco cordero  
que una mano litúrgica degüella,  
y nupcialmente se cubrió el sendero  
con el velo de plata de una estrella.

Igual que un incensario, la arboleda  
embriagó nuestras almas con su aroma,  
y nos cubrió la noche con la seda  
de sus líricas alas de paloma.

Cuando volví de tí, bajo los astros  
brillaban tus desnudos alabastros,  
y un ruiseñor agonizaba en una

trémula y fugitiva melodía,  
sobre un rosal que místico entreabría  
la nieve de sus rosas á la luna.

## XIII

Sobre un rosal que místico entreabría  
la nieve de sus rosas á la luna,  
turbó la paz el ruiseñor, con una  
nupcial y luminosa melodía.

Surgió tu voz, por fin, como un suspiro,  
rasgando los encajes de tu seno...  
La calma nocturnal era un zafiro  
de plata de luar y estrellas lleno.

Como tras la locura de una fiesta,  
presas aún de su temblor lascivo  
alzamos nuestras sombras tumulares;

y al sacudir tu velo en la floresta  
se embriagaron las brisas con un vivo  
perfume á epitalamios y azahares.



## XIV

Bajo la cabellera destrenzada  
el triunfo de tu carne al descubierto,  
te quedaste en mis brazos desplomada  
con la pesada rigidez de un muerto.

En la blancura de tu piel que ardía  
y entre el dorado musgo de tu huerto,  
el milagro del sexo florecía  
cual purpúreo clavel recién abierto.

Entornaste los ojos y vi en ellos  
fosforescer tan lúbricos destellos  
que entre mis brazos te oprimí tan fuerte

que de nuevo gritaste dolorida,  
y tus labios llamaron á la Muerte  
en tus entrañas al sentir la Vida.

## POEMAS

### Kacida

Noble alazán. ¡Tus cascos hieren el duro suelo!  
tus piernas se estremecen. Con la cerviz erguida  
relinchas, las pupilas clavadas en el cielo,  
ansiendo que mis manos te abandonen la brida,

para tender al viento de la noche tu largo  
cuello, en el raudo empuje del galopar experto,  
entre nubes de polvo, vibrante como un dardo,  
barriendo con tus crines la arena del desierto...

El oro de la luna corona el alto monte...  
¡Qué humeante devora tu nariz dilatada  
las horas y el espacio, y vuela el horizonte  
bajo las tempestades de tu planta ferrada!

Lejos, muy lejos queda su aduar. Acallando  
con su voz el furioso gruñir de los mastines  
de pie sobre un vallado, mi amada está expiando --  
tu humeante silueta por los anchos confines.

Postrados de rodillas los camellos dormitan,  
 los rebaños se agrupan en los viejos corrales;  
 sus troncos se contraen y sus flancos tiritan  
 cuando rugen leones ó aullan los chacales.

Los nobles toros braman, amparando en sus ancas  
 á las vacas enfermas y á los novillos tiernos,  
 mientras rasgando nimbos de claridades blancas  
 elevan á la luna su círculo de cuernos.

Cruje la arena móvil bajo la garra fuerte,  
 se encurva cautelosa la sombra de la fiera...  
 Se oye latir el bárbaro corazón de la Muerte,  
 y en todo flota el trágico silencio de la espera...

¡Vuela alazán! Devora las arenas, que antes  
 que se ponga la luna tras los montes lejanos,  
 la amada nos aguarda... Tus flancos jadeantes  
 premiará con las dulces caricias de sus manos.

Cruza como una flecha los áridos confines,  
 devorando las horas en tu galope experto,  
 que te espera su mano para adornar tus crines  
 con ramos de las flores más bellas del desierto!

### Hora de Paz.

Velada silenciosa  
 de trabajo y de paz.  
 La vida es una rosa  
 muy blanca y muy fugaz...

Sólo se escucha apenas  
 el tic-tac del reló,  
 y el latir de las venas  
 en nuestro corazón.

Bajo la ténue y clara  
 lámpara familiar  
 enrojece tu cara  
 sobre un libro... Temblar

se oye la lluvia sobre  
 el cristal del balcón...  
 (Es igual que una pobre  
 limpia la habitación.)

Yo silencioso escribo,  
mirando tu perfil,  
el poema lascivo  
de una noche de Abril.

Velada silenciosa  
de trabajo y de paz.  
La vida es una rosa  
muy blanca y muy fugaz.

### Magdalena

En un viejo retablo te he visto  
en el suelo la faz, despeinada,  
y llorando de pena, abrazada  
á las santas rodillas de Cristo.

Suave rostro moreno y delgado...  
¡pobres labios exangües y ardientes  
que bebieron en todas las fuentes  
y en ninguna su sed han saciado!

Palidez de tu tez ojerosa...  
¡Blancas manos de lirio, irreales,  
que sangrando en los frescos rosales  
no han logrado coger una rosa!

¡Pobre cuerpo de Ester macerado,  
de preciosos perfumes unjido,  
que desnudo la vida ha pasado  
en espera de su Prometido!

Al llamar el viajero á la puerta,  
temblorosa tu mano le abría,  
y una voz interior te decía:  
—Ya ha llegado el Amado... ¡Despierta!

Pecadora romántica y loca,  
que te entregas feliz y anhelante,  
y al besar, suspirando, al amante,  
todo el cuerpo y el alma son boca!

Fué tu lecho, á las brisas abierto,  
un refugio al dolor de la vida,  
y hoy es sólo una tumba florida  
donde todos tus sueños han muerto.

Es sagrario bendito tu seno...  
El vencido, sobre él reclinado,  
¡cuántas veces su suerte ha olvidado!,  
y ha pensado una vez en ser bueno.

Tu hermosura, tu franca alegría,  
nuevamente de amor inflamaban  
á los ojos que ya no lloraban  
y á la boca que ya no reía.

Has prendido al deseo en tus lazos,  
coronado de vides y flores...  
¡Cuántas almas, sedientas de amores,  
han llamado á la muerte en tus brazos!

—He brindado á los tristes consuelo—  
di, al pasar, á la casta doncella  
y verás cómo tímida ella  
baja roja los ojos al suelo.

En un viejo retablo te he visto  
en el suelo la faz, despeinada,  
y llorando de pena abrazada  
á las santas rodillas de Cristo.

### Flor de Luna

Encaje  
de plata. Paisaje  
de trémula nieve.

Viva plata llueve  
la luna en tu traje!

Tus manos de una  
palidez de luna,  
sobre los jardines  
deshojan jazmínes.

Nievan azahares  
de la Primavera  
en tus blancos senos.

Sollozan cantares...  
Todo es blanco menos  
tu áurea cabellera  
que es todo un tesoro  
de seda y de oro.

Blancura...  
Blanca como el flanco  
de una estatua... Pura  
como un lirio blanco  
sobre los altares...  
Sobre tu hermosura  
nievan azahares...

Dejándome triste  
de blancura huiste  
por entre el encaje  
lo mismo que una  
claridad de luna  
que nubla un celaje...

Encaje  
de plata. Paisaje  
de trémula nieve.  
Viva plata llueve  
la luna en tu traje!

### El Peregrino eterno

Yo perseguí por todos los caminos  
la sombra errante del amor que pasa,  
cantando con los viejos peregrinos  
que mientras tiembla la postrera brasa  
de la tarde en las cumbres seculares  
y el Ángelus al claro azul del cielo  
tiende las alas y remonta el vuelo,  
regresan á la paz de sus hogares...

Y no la pude ver en mi camino...  
Y sólo polvoriento y desangrado,  
víctima del azar de mi destino,  
torné á mi hogar y lo encontré cerrado.

Mi trémulo bordón llamó á la puerta,  
y oí una voz antigua que gemía  
como el recuerdo de una cosa muerta...  
¡Y era la voz de la esperanza mía!

—Huye, pobre viajero extraviado,  
santíguate al cruzar, y raudo pasa...  
No proyecte la sombra de esta casa  
su maleficio sobre ti. Tu Hado  
te proteja en la bárbara jornada...  
No puedo abrir la puerta... Por mí ruega...  
De esperar me quedé petrificada  
y de tanto llorar me encuentro ciega!

—No me conoces?

—No!

—Yo soy tu dueño!

—Mentira! Él se marchó. Se fué deprisa  
á buscar por el mundo la sonrisa  
de un labio mudo que miró en un sueño.  
Y no vendrá jamás! Su cuerpo inerte  
se deshace entre el polvo del camino,  
y su alma... Su alma está en la Muerte,  
más allá del Amor y del Destino.—

Y me perdí en la sombra, indiferente...  
¿Para qué ansiar el goce  
cuando nuestra morada no nos siente  
ni la propia esperanza nos conoce?

### Balada

Clara agua del río,  
si llegas al mar,  
dile al amor mío,  
joven marinero  
que en la ausencia muero  
de tanto esperar!

Primavera empieza...  
Todo ha florecido...  
¡Lirio virginal,  
de tu alba pureza  
mi amor ha tejido  
su traje nupcial!

Corre agua del río,  
cantando al mar baja...  
¿Por qué se detiene  
tu claro cristal?

Dile al amor mío,  
que si á mí no viene,  
será mi mortaja  
mi traje nupcial!



Madrigal

Para tocar tu frente  
 blanca de ensueño y de ideal,  
 quiero una estrofa transparente  
 que te envuelva levemente  
 como un tupido almaizal.

¡Que sólo su blancura inmaculada  
 rasgue el incendio de tus labios rojos,  
 y el relámpago azul de tu mirada  
 en la profunda noche de tus ojos!

Voces lejanas

Clara voz de ruiseñor  
 que encantó mi primavera...  
 ¡Voz piadosa; la primera  
 que al alma le habló de amor!...

Aunque sé que te he perdido  
 para siempre, aun cuando sé  
 que jamás te escucharé,  
 ¡aún resuenas en mi oído!

Voz, que todas las mañanas  
 despierta mi corazón,  
 como un clamor de campanas  
 tocando á resurrección...

Tu extraño lenguaje ignoro,  
 más en ti sólo confío;  
 y oyéndote á veces, río,  
 y oyéndote á veces, lloro.

Voz de ensueño que venías  
mis silencios á alegrar...  
¡Voz de besos, que morías  
llamándome al expirar!...

¡Aún en mi oído resuenas!...  
El alma en todo te siente:  
en el agua de la fuente  
y en la sangre de mis venas!...

Voz de rezo y de piedades  
que perfumaste de rosa,  
las obscuras soledades  
de mi vida silenciosa...

Voz para siempre perdida  
al dejar su labio inerte...  
¿Eres la voz de la vida,  
ó eres la voz de la muerte?

## PENUMBRAS